

Más sobre Tirso de Molina y el medio social

(Conclusión.)

IV

LA REALEZA. — DEVOCIÓN MONÁRQUICA. — LOS PRIVADOS. — EL
EJÉRCITO. — ARTE DE REJONEAR. — FIESTAS DE TOROS.

Aquí los reyes sólo fueron grandes en cuanto representantes de las tendencias de la raza, y más españoles que todos, no en cuanto reyes; como sustentadores del espíritu católico. Por eso la extranjera Casa de Austria fué acatada y defendida “hasta con entusiasmo heroico, sin otra causa que el haber sido portandarte de los ejércitos de la Iglesia, con más firmeza y lealtad que ninguna otra Casa Real de Europa” (1). De la devoción del pueblo español a su rey Felipe III trae Tirso esta elocuente muestra en la comedia *La Villana de Vallecas*:

- D. GABRIEL. Por buenas nuevas os doy
que el Rey ha convalecido.
- D. PEDRO. Gracias a Dios.
- D. GABRIEL. Y ha salido
a Atocha en público hoy.
- D. PEDRO. Habrá la corte con eso
vuelto en sí; que me contaban

(1) Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria*, edic. nac., III, 115. Madrid, 1941.

- que en ella todos andaban
sin color, sin gusto y seso.
- D. GABRIEL. Mi palabra os doy, que ha sido
la mayor demostración
de lealtad y de afición
que en historias he leído.
No sé yo que se haya hecho
sentimiento general
con tal muestra y llanto tal,
por ningún rey.
- D. PEDRO. Muestra el pecho
el reino que a tal Rey debe,
que en él goza un siglo de oro.
Sin conocerle, le adoro.
- D. GABRIEL. ¿Queréis más, si es que eso os mueve,
que todo el tiempo qu ha estado
en contingencia su vida,
hasta la gente perdida
dicen que se había olvidado
de ejecutar la ganancia
de su trato deshonesto?
- D. PEDRO. Echó el sentimiento el resto,
y conoció la importancia
de la vida de tal Rey,
cuya mansedumbre extraña
es causa que goce España
su hacienda, su paz, su ley,
sin contrastes ni temores.
- D. GABRIEL. ¡Cosa extraña, que en veinte años
que reina, ni hambres ni daños,
pestes, guerras, ni rigores
del cielo hayan afligido
este reino!
- D. PEDRO. Antes por él
mana España leche y miel.
De promisión tierra ha sido.
- D. GABRIEL. No le viene el nombre mal,
pues que en su tiempo ha alcanzado
Castilla el haber comprado
la hanega de trigo a real,
y el dar la cosecha a medias
del vino, a quien a ayudar
se atreviese a vendimiar (1).

(1) R., 46-c.

Esta referencia de la enfermedad de Felipe III —auténtico “periodismo” de Tirso, al que fué tan dado Lope—, entremezclada con un subido elogio a los años de paz de su gobierno, y la carta fechada en 25 de marzo de 1620, nos da el año en que fué escrita la comedia.

En la titulada *En Madrid y en una casa* (acto I, escena II), alude al regocijo popular cuando los reyes acudían anualmente a la fiesta de San Blas el día 3 de febrero, una de las cuatro más sonadas de la corte (las otras eran: el Angel, el 1 de marzo; el Trapillo, el 27 de abril, día de San Marcos, y Santiago el Verde, el 1 de mayo):

CORTESANO 1.º Los Reyes y su hijo hermoso
son éstos.

IDEM 2.º Cada año vienen
a San Blas, con que entretienen
deste lugar populoso
deseos que, si descansan,
creciendo su hidropesía,
aunque los ven cada día,
nunca de verlos se cansan (1).

Devoción monárquica, pero sin el endiosamiento a que llegó Francia; sin idolatría. Tiene Tirso un pasaje característico en la misma comedia *En Madrid y en una casa*: los reyes y el príncipe han acudido al cerro de San Blas. La multitud se agolpa para contemplar a la familia real: cruza la escena un tropel de gente. Voces dentro:

;El Rey, el Rey!

CORTESANO. Ya se acerca.
D. GABRIEL. Nunca yo a los Reyes vi.
Ven, Majuelo, gozaremos
este asomo de deidad
humana.

(1) En su novela *Los tres maridos burlados*, escribe: “Habiendo venido los suyos (los maridos) y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas, que se acercaba, salir a sol y ver al Rey, que se decía iba a Nuestra Señora de Atocha aquella tarde, y por ser día de jueves de compadres, llevar con qué celebrar, en una huerta allí cercana, la solemnidad de la fiesta, que aunque no está en el Calendario, se solemniza mejor que las de Pascua”.

MAJUELO. Di Majestad,
que no es bien que idolatremos (1).

En el auto sacramental *No le arriendo la ganancia*, la Envidia exclama:

¡Pobre honor si el rey le infama! (2).

El monarca ha de ser espejo de virtudes, y dadivoso:

SOLDADO. Los reyes no han de mirar
para dar *porqué* ni *cuándo*,
sino quien ha menester;
que a Dios han de parecer,
que siempre nos está dando (3).

Sin embargo acontece que

la ignorancia,
señor, y poca noticia
de algunos príncipes, causa
que sin méritos se den
injustamente las plazas (4)

Se va acentuando la silueta "humana" del monarca. Es tornadizo:

D. JUAN. Que un rey de todos querido,
tiene, como no ha probado
lo que es ser aborrecido,
el gusto tan delicado,
que se muda fácilmente (5)

Acaso hay aquí una alusión directa. A veces, atropella y esquilma:

D. IÑIGO. De vuestro estado y sosiego
el Rey, severo, os ha echado;

(1) R, 539-a.

(2) R., LVIII, 277-a.

(3) *Quién habló pagó*. Cotarelo, IV, 179-b.

(4) *El melancólico*. Cotarelo, IV, 80-a.

(5) *Privar contra su gusto*. R., 352-b.

mi hacienda el fuego ha quemado:
 casi es uno el Rey y el fuego (1)

Como es hombre, puede tener apetencias amorosas:

D. EGAS. Media legua de aquí a emboscarse viene
 a questa noche el Rey, por si le engaña
 la animosa serrana, donde tiene
 mil hombres, cada cual blasón de España (2).

Gran parte de la culpa proviene de consejeros y cortesanos:

Venís a la corte
 a lisonjear,
 ministros del humo,
 todos vanidad,
 Si en papeles solos
 pretendéis fundar
 servicios difuntos,
 derrotado entráis;
 porque en tanto golfo
 ¿qué puede durar
 barco de papel,
 que sobre agua va?
 Aquí solamente
 no teme huracán,
 ni se hunde o zozobra
 bajel de metal.
 Tormenta os anuncio,
 porque escollos hay
 en Madrid terribles,
 que os han de anegar (3)

Nótese que esta escena IV del acto I va a continuación de la en que un tropel de gente —como arriba he advertido— cruza la escena para ver a los reyes, que han llegado al cerro de San Blas con sus cortesanos, dos de los cuales hablan en la escena II.

Desembocamos en la privanza. Tirso no podía permanecer ajeno en su convento de Madrid a los sucesos que más ocupaban la atención pública. Ya la elevación de tantos advenedizos

(1) *Palabras y plumas*. R., 11-c.

(2) *La gallega Mari-Hernández*. R., 123-c.

(3) *En Madrid y en una casa*. R., 539-b.

por el omnipotente favorito duque de Lerma, en especial D. Rodrigo Calderón; ya la lucha por la privanza entre el duque su hijo y sucesor con no mejores condiciones de gobernante, el duque de Uceda y el Padre Luis de Aliaga, confesor de Felipe III. Y a raíz del fallecimiento del monarca, el estallido de odios y la nueva privanza del conde de Olivares. Las alusiones menudean y son picantes, y algunas mordaces. En la comedia *Del enemigo el consejo*, afirma que

de ordinario los que privan
hacen deidad el favor
que sus príncipes les dan;
y en señal de su altivez
pasan la raya tal vez
de la modestia (1).

La escena V del acto II de la comedia *Palabras y plumas* representa una explanada delante de la quinta de D. Iñigo, arruinada por el incendio. Y dice el lacayo Gallardo:

De luto la entapizó
con el humo que señala.
A los privados presumo
que hoy el fuego a imitar prueba,
pues que la hacienda nos lleva,
y sólo nos paga en humo (2).

En un aparte, el caballero Carlos, hablando con el duque de Bretaña, exclama:

¡Por alcahuete, privado!
Pero no seré el primero (3).

El temor va anejo a la privanza:

MIRENO. ¿Cómo he de poder volar
con solamente una pluma?
D.^a MAGDALENA. Con las alas del favor;

(1) R., 652-a.

(2) R., 9-c.

(3) *El pretendiente al revés*. R., 29-a.

que el vuelo de una privanza
mil imposibles alcanza.
MIRENO. Del privar nace el temor,
como muestra la experiencia (1).

Por fin: estas alusiones, acaso más violentas, en el auto sacramental *No le arriendo la ganancia*:

DESABRIMIENTO. ¡Que un villano ha de tener
el gobierno del Poder!
ENVIDIA. Como eso hace la Privanza.
RECREO. ¿Nunca has visto en un camino
(con reverencia) un pollino
de sal o arena cargado,
que, cuando la yerba ve,
aunque el palo le derriengue
y en el arre se vengue,
se para a comer en pie?
Pues lo propio hace el privado;
que en este Babel violento,
si come, es como el jumento
de sal o arena cargado (2).

La Guardia Real infundía respeto y temor. En la comedia *El valiente justiciero* (acto II, escena VII), D. Tello se marcha enojado del Palacio por el menosprecio del monarca, y su lacayo objeta:

PEREJIL. Déjalo para otro día,
que ahora no querrá la guarda.
D. TELLO. ¿Qué guarda?
PEREJIL. ¿Qué? La amarilla,
que tiemblo della.
D. TELLO. ¿Por qué?
PEREJIL. Yo la tengo antipatía,
porque es del color del miedo.

El miedo que inspiaba al vulgo en las fiestas a las cuales acudía el rey.

Se servía al rey en el Ejército, válvula de escape de tantos

(1) *El vergonzoso en palacio*. R., 212-b.

(2) R., LVIII, 276-a; 278-b.

segundones y desocupados. En *Quien calla, otorga*, D. Rodrigo dice:

Troqué por Flandes mi famosa tierra,
donde hermanos segundos, no heredados,
su vejación redimen en la guerra,
si mayorazgos no, siendo soldados (1)

Un resumen a lo burlesco de la vida de estos soldados, en la comedia *La mujer que manda en casa*:

LISARINA. Pues ven acá: ¿sabrás ser
soldado tú?

CORIOLÍN. ¡Buena estás!
Ya sé tocar las baquetas,
comerme un horno de bollos,
hurtar gallinas y pollos,
vender un par de boletas;
echar catorce reniegos,
arrojar treinta porvidas,
acoger hembras perdidas,
sacar barato en los juegos;
y en batallas y rebatos,
cuando se toma conmigo,
enseñar al enemigo
las suelas de mis zapatos.

ZABULÓN. Eso es ser gallina, en suma.

CORIOLÍN. Decís, Zabulón, lo vero.
¿Por qué pensáis que el sombrero
llena el soldado de pluma?
Si porque huyendo después
que la batalla se empieza,
volando con la cabeza
corre mejor con los pies.
Esta es de gallo, y trabajo
por darla aquí, en somo, estima;
que como el gallo va encima
y la gallina debajo,
soy gallina en esta empresa,
que sabré cacarear,
porque al comer y al cenar
haya gallina en mi mesa.

(1) Acto I, escena III

Las tres escenas de *La lealtad contra la envidia* constituyen, para mí, la mejor descripción del espectáculo de toros y rejón en la literatura de nuestro siglo XVII, sin excluir a Lope. Es la plaza de Medina del Campo. Tirso alvierte: "Tocan dentro chirimías y trompetas, como en la plaza cuando hay toros, silbos y grita":

OBREGÓN. Acogerse, que el toril
está abierto y las trompetas
hacen señal...
¿Hay bota?

CAÑIZARES. Con munición
de Alaejos.

OBREGÓN. Esa afrenta
tome Medina a su cuenta,
pues solos sus vinos son
los monarcas de Castilla...
¿Qué hay más?

CAÑIZARES. Conejo empanado
y una pierna de carnero...

Esto parece indicar que a la plaza se llevaba refacción, como aún se usa en algunas de España. Sueltan el toro:

VOCES. ¡Bravo toro!
(Dentro.) Guárdate, hombre.

OBREGÓN. Pedidle a la oreja el nombre
si os preciáis de torador;
dos rayos lleva en los huesos
y cuatro alas en los pies.

CAÑIZARES. Barrendero valiente es:
¡por Dios, que los más traviosos
le van despejando el coso!

OBREGÓN. A todos tiembla la barba.

CAÑIZARES. ¡Fuego de Dios cómo escarba
y cómo buja el barroso!

(Dentro.) ¡Jesús, Jesús, que le mata!

OBREGÓN. ¿Cogióle?

(Dentro.) ¡Válgate Dios!

CAÑIZARES. ¿Otra vez? De dos en dos
cita, ejecuta y remata
a pares las cabezadas.
¡Oh Minotauro español!

- OBREGÓN. ¿Hirióle?
- CAÑIZARES. No; pero el sol
 le alumbra las dos lunadas...
- CAÑIZARES. Alto al tablado, Obregón,
 que éste, sin ser postillón,
 condena en las agujetas.
- (*Dentro.*) ¡Corre, corre, que te alcanza!
- OBREGÓN. ¡Qué bien la capa le echó
 el que se le atravesó!
- CAÑIZARES. En ella toma venganza;
 ¡oh! cómo ojala y respunta;
 ¡dalle, dalle!: ¡hay tal porfía?
- OBREGÓN. ¡Fialde una ropería!
- CAÑIZARES. No tiene de punta a punta
 palmo y medio su armazón.
- OBREGÓN. Más de algún culto dijera
 que se pone bigotera.
- CAÑIZARES. Aguardemos, que hay rejón...

Fernando Pizarro se dispone a rejonear. Ha dado la vuelta a la plaza y se encamina al toro:

¡Qué bien al bruto examina!
¡Qué airoso que el brazo suelta
caído con el rejón!

Y hay a cargo de Cañizares una maravillosa descripción del caballo español, el que Pizarro monta: rodado, a manchas,

cabeza airosa y pequeña,
viva, alegre y descarnada,
los ojos grandes, abiertas
las narices, por ser puertas
del aliento; bien poblada
la crin, que el talle hace bello,
de plata, espesa y prolija,
que se escarcha y ensortija;
ancho el pecho, corto el cuello,
las dos caderas partidas,
al pisar firmes y llanos
los pies, echando las manos
afuera, y tan presumidas,
que a los estriños se atreven,
tan sujeto al freno y fiel,

que parece que con él
le habla el dueño.

OBREGÓN. Lición lleven
los más diestros de lo airoso
con que el gallardo extremeño
quiere salir deste empeño.

Esta descripción recuerda las mejores análogas de Lope de Vega :

CAÑIZARES. Repara con el aseo
que paso a paso se va
al toro.

OBREGÓN. ¡Qué atenta está
la plaza!

CAÑIZARES. El común deseo
le favorece.

OBREGÓN. Ya el bruto
le encara, escarbando el suelo,
y hacia atrás tomando el vuelo,
airado, diestro y astuto
previene la ejecución
del golpe.

CAÑIZARES. Y el don Fernando
la nuca le va buscando
con el hierro del rejón.

OBREGÓN. ¡Oh, quiera Dios que le acierte!

CAÑIZARES. Ya le embiste.

OBREGÓN. Con él cierra.

(*Dentro.*) ¡Válgate Dios!

CAÑIZARES. Cayó en tierra
el toro.

(*Dentro.*) ¡Extremada suerte!
(*Tocan chirimías.*)

OBREGÓN. Tan dichosa como cuerda.

CAÑIZARES. Pienso que al caballo hirió.

OBREGÓN. No pudo, que le sacó
veloz por la mano izquierda,
y la presa hizo en vacío
la bestia.

CAÑIZARES. Patas arriba
aplaude a quien le derriba.

OBREGÓN. Todos celebran su brío.

CAÑIZARES. Dejóle dentro una braza,
desde la nuca hasta el cuello.

- OBREGÓN. ¡Lance airoso, golpe bello!
 CAÑIZARES. Vítores le da la plaza.
 OBREGÓN. Y con razón, que su gala
 mayor aplauso merece.
 CAÑIZARES. ¿En qué el toro se parece
 a la comedia que es mala?
 OBREGÓN. Buen enigma; alto al tablado.
 CAÑIZARES. ¿En qué se parecen, digo,
 el toro y comedia?
 OBREGÓN. Amigo,
 paréceme en lo silbado.

De pronto, se hunde el tablado de la plaza por el peso de la multitud. Hay griterío, confusiones, heridos. El toril se ha abierto y se escapa un toro,

y hacia el tablado caído
 se encara contra la gente,

y acomete a la silla en que está desmayada D.^a Isabel. Los mozos huyen, dejándola allí. En tal trance, Fernando Pizarro embraza la capa, saca la espada, y

contra el bruto, cara a cara,
 se arroja, y puesto delante
 de la silla (acción de amante),
 airoso a su prenda ampara.
 ¡Qué valientes cuchilladas!
 ¡Qué diestro que sale y entra,
 qué animoso que le encuentra,
 qué atentas y qué aseadas
 acciones! Ni descompuesto,
 ni con el riesgo turbado.

El galán ha cercenado la cabeza del bruto, pendiente del reo cuello "como joyel"; la sangre

la rena tiñe,
 el acero heroico ciñe
 y a su dama saca en brazos (1).

Como en una novela de Gautier o de Merimée.

(1) Cotarelo, IV, 580-583.

V

TIRSO Y EL CULTISMO.—LOS POETAS.

Metaforizar, poetizar, gongorizar, jerigonzar, son neologismos de infinitivo, que Tirso empleó (1) despectivamente hablando de los poetas cultos, contra quienes arremetió con más ardor, si cabe, que Lope y Quevedo, sin contagiarse inadvertidamente en la medida de aquéllos (2).

Aludiendo a un brazo, dice:

Si fuera yo de los cultos,
 llámárale ramo terso
 del tronco de la hermosura,
 cristal animado, exceso
 y *non plus ultra* de amor (3)

(1) Es característica en Tirso la facilidad para crear palabras, sobre todo formas verbales. A las censuras que por tal motivo se le dirigieron respondió cumplidamente en el prólogo "A ti solo" a la quinta parte de sus comedias, diciendo: "Ignoran que nuestro idioma, con lo que conaturaliza de las otras lenguas, ya de la latina, de quien es hijo, ya de la arábiga, griega, toscana y américa (*sic*), viene a tener caudal copioso de voces y sinónimos; y que ya los coronistas no llaman al socorro de municiones y comida sino *comboyes*, y a los bastimentos *vivres*. Tan pesarosos están estos zánganos de que se aproveche nuestra lengua de las que conquistadas sus súbditas, que nos ocasionan a que maliciemos que hasta en las sisas quieren ser los únicos. Dirásles, pues, a los tales ... que nos ahorramos de todas esas zarandajas de circunloquios cuando en un solo vocablo hallamos significación proporcionada a nuestro intento, sin ofender ni al dialecto ni al común modo de hablar de nuestra patria, pues ni se anteponen ni posponen los verbos ni adjetivos". Es notable en este punto la comedia *Bellaco sois, Gómez*. Cf. Cotarelo: Introducción al tomo IX de *N. B. de AA. EE.*, II de las comedias de Tirso, páginas v y vi.

(2) En las cuatro décimas del principio de la comedia *El amor y el amistad* (Rivad., 328-a), Tirso versifica en culto por boca del caballero D. Guillén de Moncada, apostrofando a la sierra catalana de su apellido. Esto se observa más en sus poesías líricas.

(3) *Por el sótano y el torno*. R., 233-c.

En *La celosa de sí misma*:

VENTURA. Di candor si intentas
jerigonzar critiquicios (1).

Hay un gracioso pasaje en la comedia *La lealtad contra la envidia*, en el cual la figura del donaire pregunta a una india:

CASTILLO. ¿Estás intacta?

GUAICA. No entiendo.

CASTILLO. ¿Si estás ilesa, incorruta,
o el consonante de *fruta*
te meretriza?

GUAICA. Pudiendo
hablarme claro ¿por qué
vocablos oscuros usas?

CASTILLO. Han dado en esto las musas
castellanas (2).

En el infierno, seno o lugar del Parnaso de Apolo, está Góngora, y penan en el purgatorio sus secuaces y discípulos, porque pecaron más por ignorancia que por malicia:

PINZÓN. Pecados veniales
son las palabras ociosas,
que con fuego han de purgarse;
vocablos impertinentes,
que fuera de sus lugares
están, como carne huída,
son los que en nuestro lenguaje
proponen los adjetivos,
latinizan el romance
y echan el verbo a la postre,
como oración de pedante.
Dicen que está en el infierno
su primer dogmatizante,

(1) R., 130-a.

(2) Cotarelo, IV, 596-b. V. otros ejemplos en P. Muñoz Peña: *El teatro del maestro Tirso de Molina*, págs. 268-270. Madrid, 1889. Cotarelo: Introducción al t. IV de la N. B. de AA. EE. I de las comedias de Tirso, págs. xxxix y xl. M. Herrero García: *Estimaciones literarias del siglo XVII*, págs. 320-325.

En *Celos con celos se curan* (acto III, escena II), el gracioso:

GASCÓN. ¡Cuerpo de Dios! Deste modo
se llama en el mundo todo.
Lleve el diablo a quien compara
al padre de Faetón
los ojos y los cabellos,
rayos ensartando en ellos,
las veces que rubios son:
Golfo de ébano sutil
los cabos negros hacía,
y al peine que los barría,
llamó escoba de marfil;
nieto, el Amor, de la espuma,
y a un sacre, que daba caza
en el aire a una picaza,
llamó corchete de pluma.
Miren usirías dos
cual anda ya nuestro idioma:
todo es *brilla, emula, aroma,*
fatal... ¡Oh! Maldiga Dios
al primer dogmatizante
que se vistió de *candor*.

SIRENA. No déis en reformador,
porque sois muy ignorante.

Son muchos los infinitivos que creó Tirso burlándose de los cultos: *cochizar* (emplear el coche), *pastelizar* (hacer pasteles), *meretrizar*, etc.

“Chusma villanciquera” denominó Tirso a los poetas adocenados:

CORIOLÍN. ¿Ser poeta
es pecado? Hay enfenita
caterva de ellos doquiera:
entre públicos y ocultos,
cómicos, críticos, cultos;
hay chusma villanciquera
y otras enfenitas setas
que eslabonan desatinos:
entre catorce vecinos
los quince hallarás poetas (1).

(1) *La mujer que manda en casa*. Cotarelo, IV, 475-a.

Más innumerables plagiarios:

Y entretanto, oye el mejor
 caso que escribió un poeta;
 que a serlo, a fe de quien soy,
 que sin mendigar asuntos
 yo enriqueciera a un autor (1).

Cualquiera se lanza a componer versos, si bien a algunos auctores les ayuda la fortuna:

DUQUESA. Porque en unos es discreto
 lo que en otros no es de estima.
 Un mecánico oficial,
 confesando natural,
 hizo comedias; que anima
 bajezas tal vez Apolo:
 No eran las comedias buenas,
 pues de disparates llenas,
 a otro las silbaron; sólo
 ver que un herrador osase
 desde los pies del Pegaso,
 coronarse en el Parnaso,
 y que a sus musas clavase,
 causar pudo admiración;
 que aunque réido y importuno,
 lo que es vituperio en uno,
 en otro es estimación (2).

Pero son mucho peores quienes, sin vena poética, piden versos ajenos haciéndolos pasar por suyos:

ROMERO. ¿No es terrible mentecato
 el que a un poeta se llega,
 y que le pinte le ruega
 en un soneto el retrato
 de su dama, si ella sabe
 que en su vida versos hizo?
 Ven acá, amante mestizo,
 ¿cómo quieres que te alabe
 y estime tu prenda así?

(1) *Los balcones de Madrid*. Riv., 564-c.

(2) *Amor y celos*. Riv., 151-c.

El soneto, pecador,
 más es solicitador
 del poeta que de ti;
 pues siendo tú su tercero,
 claro está que ha de querer
 más al que lo sabe hacer,
 que al bobo del mensajero (1).

VI

LOS CRIADOS Y LA FIGURA DEL DONAIRE.—EL CLERO.—MÉDICOS,
 BARBEROS, LETRADOS, MAESTROS, COMERCIANTES.

Un recuerdo cómico socorrido, tanto en Lope como en los comediógrafos de su escuela, es la réplica de los criados a las acciones de sus amos, muchas veces aconsejados por ellos:

D.^a PETRONILA.

Adora

quien sirve, lo que su dueño,
 y como tiran sus gajes,
 estoy en el mismo empeño
 que el señor, que os quiere bien;
 y en fe que en celos se abrasa,
 los que estamos en su casa
 tenemos celos también (2).

Y a su manera zafia remedan los galanteos de los amos:

PASTRANA. En fin, ¿nos hemos de amar?

D.^a INÉS. Sí.

PASTRANA. ¿A lo rubio?

D.^a INÉS. A lo mu'ato.

PASTRANA. ¿Habrá a'ral'lo?

D.^a INÉS. Y chico'lo.

PASTRANA. En fin, ¿soy tuyo?

D.^a INÉS. Y muy mío.

PASTRANA. Mío es requiebro de gato (3).

(1) *Ibid.*, 152-c; 153-a.

(2) *La huerta de Juan Fernández*. Riv., 544-a.

(3) *Marta la piadosa*. Riv., 451-c.

ALBERTO. Glorióme de serlo.
 BRITÓN. Eres confeso.
 ALBERTO. Confesor y no mártir no es despacho
 que me pueda afrentar.
 BRITÓN. Eres marido.
 ALBERTO. ¿Marido yo? Mi enojo has encendido.
 Mientes hasta la enjundia, y echa fuera
 la virginal espada.

Tirso presenta —como otros— a curas y clérigos como hombres de vida regalada, glotonos y descuidados en el atuendo. La vida del cura de aldea es envidiada por el sacristán Guargueros:

CELAURO. ¡Linda vida rompe un cura!
 GUARGUEROS. Es regalada y segura;
 no me muera yo hasta sello.
 NISO. ¿Hemos de jugar un rato?
 GUARGUEROS. Ajedrez, no; damas, sí.
 NISO. Vaya, pues, sentaos aquí.
 TORILIA. Juego donde no hay barato,
 no es bueno.
 NISO. Venga el tablero.
 SIRENA. ¡Qué ordinario es cada vez
 jugar damas o ajedrez
 un sacristán y un barbero!
 GUARGUEROS. Un peón me habéis de dar,
 y tablas.
 NISO. Aqueso, no.
 media pieza os daré yo.
 GUARGUEROS. Las tablas quiero soltar,
 y dadme la pieza entera.
 NISO. Vaya, no os quejéis de mí.
 CORBATO. ¿Qué hacéis los demás aquí?
 Echemos el pesar fuera.
 ¿Hay naipes?
 CELAURO. Donde yo estoy,
 ¿pueden faltar?
 CARMENIO. Claro es.
 CORBATO. Juguemos los cuatro, pues.
 TIRSO. ¿Qué juego?
 CORBATO. Flor, o rentoy.
 CELAURO. Va al rentoy: tended la capa.
 CARMENIO. Dos contra dos.
 CORBATO. Claro está.

CELAURO. Carmenio, pásaos acá.

TIRSO. ¿Juega bien?

CELAURO. Mejor quel papa (1).

El lacayo Caramanchel, nuevo Lazarillo de Tormes, acomódose con un clérigo:

Serví luego a un clerigón
 un mes (pienso que no entero)
 de lacayo y despensero.
 Era un hombre de opinión;
 su bonetazo calado,
 lucio, grave, carilleno,
 mula de veintidoseno,
 el cuello torcido a un lado;
 y hombre, en fin, que nos mandaba
 a pan y agua ayunar
 los viernes, por ahorrar
 la pitanza que nos daba;
 y él, comiéndose un capón
 (que tenía con ensanchas
 la conciencia, por ser anchas
 las que teólogas son),
 quedándose con los dos
 alones cabeceando,
 decía, al cielo mirando:
 "¡Ay ama, qué bueno es Dios!" (2).

Tirso insiste en el desaseo de los curas lugareños:

CARLÍN. Perdiósele el otro día,
 señor, la escofieta al cura,
 que hay quien dice que tién tiña,
 y con Firela cenando,
 la halló dentro una morcilla (3).

Estas pullas son un recurso jocoso hiperbólico, aunque no del todo distante de la realidad.

(1) *El pretendiente al revés*. Riv., 22-c.

(2) *Don Gil de las calzas verdes*. Riv., 404-a.

(3) *El melancólico*. Catarelo, IV, 68-b.

D. Gabriel y Montoya llegan al torno de un convento de monjas, y de aquél sale recado para escribir y un billete:

MONTOYA. Pues donde hay monjas ¿podía
faltar billetico?. di.
Respóndela con ternura;
que yo seré la andadera...
¿Para ti solo que leas,
dice el papel? Nunca ceras
monja, mientras no regala,
por más ternezas que escriba...
Las monjas son halagüeñas...
¿Escribes? Eres discreto.
Embillétala, y verás
los regalos que tendrás;
un villancico o soneto
conquista diez mazapanes.
Dila que con la andadera
la enviarás flores y cera
para uno de los San Juanes;
que qué puntos calzar suele... (1).

Las monjas tenían grande afición a escribir y a que las escribieran. Duraban aún los bandos de "bautistas" y "evangelistas". A entrambas cosas alude el gracioso Montoya en los pasajes alegados.

Cuanto a los médicos, es corriente la sátira desenfadada. En la comedia *El árbol del mejor fruto*, Mingo, en el mesón, equivocadamente da a comer la gallina asada a la mula del doctor, y a éste la paja y la cebada. Le arguyen de necedad, y responde:

¿Pues no ha llevado al doctor
la cansada mula a cuestras?
¿No es bien que a quien más trabaja
se dé mejor de cenar?
Luego bien hice de dar
al doctor cebada y paja,
y a la mula la gallina.

BISE. ¡Calla, bestia!

MINGO. ¿Pensáis vos

(1) *Amar por señas*. Riv., 463-b, c.

que no sabe de los dos
la mula más medicina? (1).

De la jeringonza que empleaban para diagnosticar también se burla:

D.^{na} JERÓNIMA. Tenía toda la región
del hígado, por la cólera
lesa, que con la pituita
quemándola, se incorpora,
Ahora bien, señora mía,
vuesiría se disponga
a preservar accidentes
que la experiencia diagnóstica
nos indica: lo primero,
con dieta flemagoga
y algo colagoga, enfrene
cualidades licenciosas.

D.^a ESTEFANÍA. Doctor, habladme en romance (2).

He aquí la vida de un médico, expuesta de modo regocijante e ingenioso, en *Don Gil de las calzas verdes*, por boca del pícaro Caramanchel (acto I, escena II). Mal ganaba lo que cobraba,

por mil causas: la primera,
porque con cuatro aforismos,
dos textos, tres silogismos,
curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
estudios, libros galenos,
ni gente que estudie menos,
con importarnos la vida.
Pero, ¿cómo han de estudiar,
no parando en todo el día?
Yo te diré lo que hacía
mi médico. Al madrugar,
almorzaba de ordinario
una lonja de lo añejo,
porque era cristiano viejo.

(1) *El árbol del mejor fruto*. Cotarelo, IV, 33-v.

(2) *El amor médico*, acto II, escena VIII.

Y con este letuario
agua vitis, que es de vid,
visitaba sin trabajo,
calle arriba, calle abajo,
los *egrotos* de Madrid.
Volvíamos a las once:
Considere el pío lector,
si podría el mi doctor,
puesto que fuese de bronce,
harto de ver orinales
y fistulas, revolver
Hipócrates, y leer
las curas de tantos males.
Comía luego su olla,
con un asado manido,
y después de haber comido,
jugaba cientos o polla.
Daban las tres, y tornaba
a la médica atahona,
yo la maza, y él la mona;
y cuando a casa llegaba,
ya era de noche. Acudía
al estudio, deseoso
(tunque no era escrupuloso)
de ocupar algo del día
en ver los expositores
de sus Rasis y Avicenas;
asentábase, y apenas
ojeaba dos autores,
cuando doña Estefanía
gritaba: "Hala, Inés, Leonor,
id a llamar al doctor;
que la cazuela se enfría".
Respondía él: "En un hora
no hay que llamarme a cenar:
déjenme un rato estudiar.
Decid a vuestra señora
que le ha dado garrotillo
al hijo de tal Condesa;
y que está la ginovesa
su amiga con tabardillo;
que es fuerza mirar si es bueno
sangrarla estando preñada;
que a Dioscórides le agrada,
mas no lo aprueba Galeno".

Enfadábase la dama,
y entrando a ver su doctor,
decía: "Acabad, señor;
cobrado habéis harta fama,
y demasiado sabéis
para lo que aquí ganáis:
advertid, si así os cansáis,
que presto os consumiréis.
Dad al diablo los Galenos,
si os han de hacer tanto daño:
¿Qué importa al cabo del año
veinte muertos más o menos?"
Con aquestos incentivos
el doctor se levantaba;
los textos muertos cerraba
por estudiar en los vivos.
Cenaba, yendo en ayunas
de la ciencia que vio a solas;
comenzaba en escarolas,
acababa en aceitunas,
y acostándose repleto,
al punto de madrugar,
se volvía a visitar,
sin mirar ni un quodlibeto.
Subía a ver al paciente;
decía cuatro chanzonetas;
escribía dos recetas
destas que ordinariamente
se alegan sin estudiar;
y luego los embaucaba
con unos modos que usaba
extrordinarios de hablar.
"La enfermedad que le ha dado,
señora, a vueseñoría,
son flatos y hipocondría;
siento el pulmón opilado,
y para desarraigar
las flemas vítreas que tiene
con el quilo, le conviene
(porque mejor pueda obrar
naturaleza) que tome
unos alquermes que den
al hígado y al esplén
la sustancia que el mal come".

Encajábale un doblón,
 y asombrados de escucharle,
 no cesaban de adularle,
 hasta hacerle un Salomón.
 Y juro a Dios, que teniendo
 cuatro enfermos que purgar,
 le ví un día trasladar
 (no pienses que estoy mintiendo)
 de un antiguo cartapacio
 cuatro purgas, que llevó
 escritas (fuesen o no
 a propósito) a palacio;
 y recetada la cena
 para el que purgarse había,
 sacaba una y le decía:
 "Dios te la depare buena".
 ¿Parécele a vuesasté
 que tal modo de ganar
 se me podía a mí lograr?
 Pues por eso le dejé.

Otros tales eran los barberos, como el aludido en la comedia
Por el sótano y el torno:

SANTILLANA. A cuatro casas de aquí
 por el barbero salí,
 y de ventosas cargado
 hallé en su tienda al maeso,
 que iba a echar a un tabardillo,
 y de sangrar un tobillo
 a doña Inés Valdivieso
 acababa de volver...
 Suele andar en un machuelo.
 que en vez de caminar, vuela;
 sin parar saca una muela;
 más almas tiene en el cielo
 que un Herodes y un Nerón;
 conócenle en cada casa;
 por donde quiera que pasa
 le llaman la Extremaunción (1).

Muchos de los tratados jurídicos que consultan oidores y le-
 trados se parecen a los melones,

(1) Riv., 232-b.

que escritos en las cortezas
de vírgenes librerías,
si los calan, son badeas (1).

En *Todo es dar en una cosa*, sale un maestro de primeras letras, con una cartilla, dispuesto a dar lección en Trujillo a Francisco Pizarro, y le dice:

Francisco, desde antiyer
no hay hacerte dar lición.
A este andar no es maravilla
que luzga lo que te muestro.

FRANCISCO. Tiene razón el maestro.

MAESTRO. Apréndete esa cartilla
que en dos años no has pasado.
Llega y da lición; acaba.
Ya quien por él os rogaba
se ausenta; tened cuidado
desde hoy con él; enseñalde,
con el rigor que requiere,
bien la lición; azotalde (2).

Los mercaderes poblaban la corte y las ciudades principales. En *Don Gil de las calzas verdes* (acto II, escena X) menciona uno que seguramente existió y fué amigo de Tirso: Agustín Solier de Camargo, que vivía en la Puerta de Guadalajara. D. Martín ha recibido cartas de su padre con una libranza "A D. Gil de Albornoz":

D. MARTÍN. Estotra cubierta quito
(lee) *A mi hijo don Martín.*
Y estotra. (Lee) *A Agustín Solier*
de Camargo, mercader.

OSORIO. Bien haya el tal Agustín,
si en él nos libran dinero.

D. MARTÍN. Eso, Osorio, es cosa cierta.

OSORIO. ¿Adónde vive?

D. MARTÍN. A la Puerta
de Guadalajara...

(1) Sosos o fofos. *Los balcones de Madrid*. Riv., 556-b.

(2) Cotarelo, IV, 533-b.

VII

MESONES Y POSADAS.—GENTE DE VIDA EQUÍVOCA.—REALISMO.

En ventas, mesones y posadas se ofrecía un dilatado retablo social trashumante. A ellos iban a parar personas de toda condición. Por eso, lo mismo en la comedia que en la novela, las ventas son pequeños mundos, escenarios propicios al realismo literario. Tirso nos lo da en la comedia *Antona García*. Esta, la protagonista, es mujer de temple varonil, y forzada. Se ha casado al comenzar la comedia. En la venta discute con unos soldados portugueses que hablan mal de los castellanos, y desaloja el local a cintarazos. Del esfuerzo le sobrevienen dolores de parto, y hay un diálogo con la ventera:

ANTONA. Sabed que preñada estó

VENTERA. Pues parillo.

ANTONA. Rato ha
que los dolores me aprietan.
¿Sabréisme vos partijar?

VENTERA. ¿Es buñuelo? (1). Pregue a Dios
que aun después de haber parido
y un mes de cama cumplido
quedéis para mujer.

ANTONA. ¿Vos
cuidáis que es Antona dama?

Dos escenas después sale Antona luego de haber parido una niña. La ventera la invita a que le dé el pecho:

ANTONA. Mejor será una escudilla
de sopas en vino.

VENTERA. Así
se amamantan en Galicia.

(1) *¿Es buñuelo?*, frase que se usa para dar a entender a otro que no se puede hacer alguna cosa con la facilidad y presteza que se supone (Diccionario de Autoridades, verbo *Buñuelo*).

D.^a Bernarda va desmayada ; pero el carretero Rincón, ya avezado a estos trances, se limita a exclamar :

Mas que reviente. ¡Hola!. a dar cebada
y prevenir la olla ;
que hemos luego de uncir (1).

Venteros y posaderos eran de la piel del diablo. Nuestro poeta los retrató bien, pues los conoció en sus correrías peninsulares. Pocas escenas de carreteros tan vivas como en la comedia *Desde Toledo a Madrid*, en el portal de una posada de Illescas. Hay ruido de carros y algarabía de panderos :

CASILDA. ¿Qué es aquélla?

CARREÑO. Van y vienen
de Madrid y de Toledo
carros, que dándose vaya
son galeras desta playa.

Cantan seguidillas de solo y voces, sin duda populares :

El sombrero de tema
y el rostro zaino,
mi morena me mira
a lo renegado.
¡Jesús, qué enojo!
¡Jesús, qué enojo!
Morenico del alma,
levanta el rostro.

De Madrid a Getafe
ponen dos leguas ;
veinte son, si la calle
se pone en cuenta.
¡Jesús, qué larga!
¡Jesús, qué larga!
No me llesves por ella,
Diego del alma.

Labradoras Getafe,
Leganés mozos,

(1) Riv., 229-a, b.

Torrejón casaditas,
 Pinto uno y otro.
 ¡Jesús, qué lindos!
 ¡Jesús, qué lindos!
 Torrejón, Valdemoro,
 Getafe y Pinto.

Y hay un diálogo entre los cuatro carreteros:

CARRETERO I.º Deja de tañer el muerto,
 pues eres pandero vivo.
 SEGUNDO. ¿Quién te mete en eso, chivo?
 TERCERO. Dalas, carretero tuerto,
 y callen los mariones.
 CUARTO. Señores berengeneros,
 si pares, dígolos cueros,
 si cueros, dígolos nones.
 PRIMERO. Ballenatos, ¡la ballena!
 Que se os escapa el río abajo.
 SEGUNDO. ¿Cuántas ha dado el badajo?
 PRIMERO. Ballenato.
 SEGUNDO. Berengena.
 TERCERO. Zupia.
 CUARTO. Mienten los vinorres.
 PRIMERO. Echa ese estiércol, borracho.
 SEGUNDO. ¡Ah mula! Dalas, muchacho.
 VOCES. Que te corres, que te corres...
 CARREÑO. Esta sí, ¡cuerpo de Dios!,
 que es tierra alegre y sin miedo.
 ¡Oh gran Madrid! ¡Oh Toledo!
 Dios me mate entre los dos (1).

Había posadas limpias y atendidas, como la de la calle de las Carretas, en la corte, a cargo de Mari-Ramírez, tercera todavía de buen ver:

MARÍA. No dejaré de abrazalle,
 si me quemán.
 SANTARÉN. No haya miedo,
 que ni en Madrid ni en Toledo
 cuando le abrace en la calle,
 chamuscan por tal pecado.

(1) Riv., 496-a.

En *La villana de Vallecas* Tirso describe fielmente el aposento que, sin duda, conoció:

D. PEDRO. ¿Hay buenas camas?
 AGUDO. De Holanda
 prometen sábanas.

D. PEDRO. Bien.

AGUDO. Colcha y rodapiés también,
 de red, con su flueco y randa;
 dos almohadas que alistan
 lazos de azul y amarillo
 debajo de un acerillo;
 y porque sus faldas vistan
 las manchas de la pared,
 tres sábanas, aunque tiernas
 por viejas, distinguen piernas,
 ya de lienzo, ya de red.
 Un cielo encima colgado,
 con fluecos del mismo modo,
 que viéndole blanco todo,
 dije: "El cielo está nublado",
 y dos doseles, que son
 adorno del aposento;
 un prolijo paramento;
 pintada en él la Pasión,
 y la historia de Susana
 con los dos viejos y el baño;
 y al otro lado del paño,
 un San Joaquín y Santa Ana,
 y un ángel sobre la puerta,
 que con las alas los junta;
 al otro un sayón que apunta
 a un San Sebastián, que acierta.
 Luego un San Antón muy viejo
 con su vestido de estera,
 y debajo la escalera,
 junto de él, un San Alejo.
 Remátase la labor
 con la espigadora Rud,
 cual le dé Dios la salud
 al bellaco del pintor.

D. PEDRO. Con eso vive contenta
 aquesta gente sencilla.
 No es Arganda mala villa.

El criado ha averiguado lo que hay para cenar:

AGUDO. Puesto está un conejo a asar,
y una perdiz a quien coca (1)
una bota yepesina,
mezclada con hipocraz,
y muerta por darnos paz (2).

D. PEDRO. ¿No hay más?

AGUDO. Hay una gallina
fiambre, y medio pernil
mercader, que trata en lonjas
(¡y qué tales!); como esponjas
de Baco, hay medio barril
de aceitunas vagamundas;
que las de oficio se van
de Córdoba a cordobán;
y si en postres asegundas,
en conserva hay piña indiana,
y en tres o cuatro pipotes,
mameyes, cipizapotes;
y si de la castellana
gustas, hay melocotón
y perada; y al fin saco
un tubano de tabaco
para echar la bendición (3).

En *Quien no cae no se levanta* disputan dos lacayos, y refiriéndose Britón a la fregatriz Leonela, dice:

¿Tú con una mujer que Celestina
crió a sus pechos y en sus brazos trajo,
a quien el orador como el poeta
llaman en prosa y verso alcahueta? (4).

En boca de criados maldicientes, *hija de Celestina* era sinónimo de mujer que pretendía atrapar a un galán:

CARAMANCHEL. Mas tal anda el motolito
por una vuestra vecina,

(1) De *cocar*, o hacer cocos: halagar a uno con fiestas y ademanes.

(2) *Dar paz*: besarse los que se encuentran.

(3) R., 46-b.

(4) Cotarelo, Nueva B'bl. de AA. EE., t. IX, 157-b.

que es hija de Celestina
y le gazmió en el garbito (1).

En la escena VI del acto II de *El Burlador de Sevilla*, D. Juan y Mota pasan revista a mujeres fáciles de Sevilla:

- D. JUAN. ¿Qué hay de Sevilla?
MOTA. Está ya
toda esta corte mudada.
- D. JUAN. ¿Mujeres?
MOTA. Cosa juzgada.
- D. JUAN. ¿Inés?
MOTA. A Vejel se va (2).
- D. JUAN. Buen lugar para vivir
la que tan dama nació.
- MOTA. El tiempo la desterró
a Vejel.
- D. JUAN. Irá a morir.
¿Costanza?
- MOTA. Es lástima vella,
lampiña de frente y ceja.
Llámale el portugués vieja,
y ella imagina que bella.
- D. JUAN. Sí, que *velha* en portugués
suená vieja en castellano.
¿Y Teodora?
- MOTA. Este verano
se escapó del mal francés
por un río de sudores;
y está tan tierna y reciente,
que anteayer me arrojó un diente
envuelto entre muchas flores (3).
- D. JUAN. ¿Julia, la del Candilejo?
MOTA. Ya con sus afeites lucha.
- D. JUAN. ¿Véndese siempre por trucha?
MOTA. Ya se da por abadejo.
- D. JUAN. El barrio de Cantarranas,
¿tiene buena población?
- MOTA. Ranas las más bellas son.
- D. JUAN. ¿Y viven las dos hermanas?

(1) *Don Gil de las calzas verdes*. Riv., 415-b.

(2) Veger de la Frontera (Cádiz).

(3) Alude el lacayo al mal de bubas, que se curaba con sudoríficos, y determinaba la caída de la dentadura.

- MOTA. Y la mona de Tolú (1),
de su madre Celestina
que les enseña doctrina.
- D. JUAN. ¡Oh vieja de Bercebú!
¿Cómo la mayor está?
- MOTA. Blanca, sin blanca ninguna;
tiene un santo a quien ayuna.
- D. JUAN. ¿Agora en vigiliás da?
- MOTA. Es firme y santa mujer.
- D. JUAN. ¿Y esotra?
- MOTA. Mejor principio
tiene: no desecha ripio.
- D. JUAN. Buen arbañil quiere ser (2).

Rufos, pícaros y bravucones pululaban por las grandes ciudades, en especial por Sevilla, metrópoli de las Indias, hormiguero de gentes de mal vivir, prontos a sacar el "Juan Machir", como decían en lenguaje de germanía al cuchillo o daga, aunque a ésta la llamaban también *la chica*, por serlo respecto de la espada. Así, en *El condenado por desconfiado* (acto I, escena XII):

ESCALANTE. Veinticinco pobretes tengo muertos,
seis casas escalado, y treinta heridas
he dado con la *chica*.

VIII

LOS VILLANOS.—TIRSO Y LA NATURALEZA.—GENTE DE ALDEA.— FIESTAS Y CANCIONES POPULARES.

Tirso, como su maestro Lope, fué un enamorado de la Naturaleza y de los humildes, de los villanos. En la aldea eran más puras las costumbres. Ya lo había afirmado y comentado Fray Antonio de Guevara en un libro famoso; y nuestro poeta glosa también:

D. JUAN. Con el honor le vencí.
porque siempre los villanos

(1) Tolú, ciudad de Colombia, famosa por sus monas.

(2) Clás. Cast., II, 261 264.

tienen su honor en las manos
 y siempre miran por sí.
 Que por tantas falsedades
 es bien que se entienda y crea,
 que el honor se fué al aldea
 huyendo de las ciudades (1).

Gusta, también como Lope de Vega, de introducir en sus comedias labriegos y pastores, p. ej., en *La dama del Olivar* y en *La Santa Juana*, a los cuales les hace hablar su lenguaje rústico. En *Habladme en entrando* (acto I, escena X):

TORIBIA. Locía.

LUCÍA. ¿Qué mandas?

TORIBIA. Ten

esos güeyes agidados
 y pazcan en esos prados
 sin las coyundas también:
 échales heno.

LUCÍA. El mohino
 en la laguna bebió...

TORIBIA. Desunce los güeyes.

LUCÍA. Voy.

Verá lo que hace el bragado
 zagüey.

TORIBIA. En aqueste prado
 me asiento; cansada estoy.
 ¡Válgame Dios que es de ver
 amanecer la mañana
 con su capote de grana
 cuando juega al esconder
 el sol, que, aún no conocido,
 con halagos lisonjeros
 mos viene haciendo pucheros,
 tembrando y recién nacido!...

LUCÍA. ¿Qué toyes? ¡Huego en los dientes,
 zagüey con la maldición!

(Canta Lucía.)

*Las tres perñas do ramo, ¡oy!
 son para vos, meo amo.*

(1) *El burlador de Sevilla*, edic. Clás. Cast., II, 299.

Se extasía en el campo, pródigo y bello:

SANTA JUANA. La divina Majestad,
repartiendo su tesoro
 en este esférico coro,
 su providencia dilata
 criando peces de plata
 y aves de esmeralda y oro.
 Junto al líquido marfil
 para la fresca ribera,
 con cortes de primavera
 trujo al apacible Abril.
 Luego dió al Mayo sutil
 tornasolados plumajes
 de ramas y flores, trajes
 con que sus pajes compuso,
 que, pues casa al hombre puso,
 bien es que la vista pajes.
 Después el pródigo Agosto
 cubrió de manojos rubios
 las eras desde los ubios
 del carro largo y angosto;
 y luego, en sabroso mosto,
 pasado el estío enjuto,
 dió generoso tributo
 Septiembre a los labradores;
 porque después de las flores
 quiere Dios que demos fruto.
 Reinó luego el cierzo frío:
 de Enero la barba cana
 dando de nieve la lana
 al monte, el cristal al río;
 el escarchado rocío
 sobre el campo siembra y vierte;
 que como año (si se advierte)
 llega la edad más cumplida
 desde el Abril de la vida
 al invierno de la muerte (1).

En *La dama del Olivar* (acto II, escena XVII) puso Tirso esta paráfrasis del *Beatus ille* horaciano, imitación de Lope:

MAROTO. Más precio yo, mi prado,
 ser rey de vuestras flores y belleza,

(1) *La Santa Juana*. Tercera parte, Cotarelo, II, 296.

tejiendo coronado
 guirnaldas que regalen mi cabeza,
 entre el arado y bueyes,
 que la diadema avara de los reyes.
 Más precio los vasallos
 de mansas ovejuelas y corderos,
 que en coches y caballos
 la adulación de hechizos lisonjeros,
 donde el engaño mira
 que a la verdad oprime la mentira.
 Más precio el pan moreno
 con la cebolla y rústico tasajo,
 que el banquete más lleno,
 pues con la dulce salsa del trabajo
 sustento mi alegría,
 sin miedo de la torpe apoplegía.
 Más precio, cuando ordeño
 las cabras, en el tarro que en él eche,
 para brindar al sueño,
 el pecho que sus pechos paga en leche,
 licor blando y sabroso,
 que el vino más caliente y generoso.
 ¡Oh, soledad hermosa!
 Con vosotras estoy sólo casado,
 no quiero haber esposa,
 que la quietud de vuestro alegre prado
 alivia mis desvelos
 y conserva el honor sin tener celos.

En otra ocasión afirma:

.
 y sobre una cayada
 está la vida, por incultos montes,
 más segura entre fieras
 que entre esperanzas, siempre lisonjeras.
 La envidia ni por señas
 llegó a la choza, al monte, al valle, al risco,
 ni estas soberbias peñas,
 que tantas veces coronó el lentisco,
 pretendieron alguna
 más bellas flores ni mejor fortuna.
 Mísero cortesano,
 contento nunca, eterna tiranía
 de quien te busca en vano,

donde el padre del hijo no se fía,
que al mandar solamente,
ni leyes cuadra, ni igualar consiente (1).

El poeta ensalza al labrador:

Labradores tuvo el mundo
primero que caballeros (2).

Las aldeanas —y, en general, todas las mujeres— en tiempo de Tirso se casaban más jóvenes que antes. En la comedia *La dama del Olivar* (acto I, escena VI), el caballero Gastón pretende unir a la pastora Laurencia con el pastor Maroto, y se entabla este diálogo:

GASTÓN. Yo vengo,
Laurencia, aquí, cuando menos,
a daros marido.

LAURENCIA. ¿A mí?

GASTÓN. Labradora bella, sí;
y en vuestros ojos serenos
miro la dicha y ventura
de quien os ha de gozar.

LAURENCIA. Pues ¿cómo me he de casar,
señor, si aún no estoy madura?
¡Buenos están los engaños!

GASTÓN. ¿Qué edad tenéis?

LAURENCIA. Cumpliré,
si al Cura hemos de dar fe,
para estas hierbas veinte años.

GASTÓN. Luego, según vuestra cuenta,
a buen tiempo vengo yo.

LAURENCIA. Mi madre no se casó,
señor, hasta los cuarenta,
y tuvo a mucha ventura,
según mi abuela contaba,
que cuando menos cuidaba
la casasen criatura.

GASTÓN. Ya ese tiempos se ha perdido.

CORBATO. Y como las que ahora nacen
diz que lo primero que hacer
es decir: "taita, marido".

(1) Nueva Bibl. de AA. EE., t. IV, 187-b.

(2) *La villana de La Sagra*. Riv., 314-c.

Tirso recogió canciones populares, como la brevísima :

Pajarito que vas a la fuente,
bebe y vente,

glosada por el protagonista de *La venganza de Tamar* (1).

Las lindísimas de *Don Gil de las calzas verdes*, que cantan en la huerta madrileña del Duque :

Alamicos del Prado,
fuentes del Duque,
despertad a mi niña
porque me escuche;
y decid que compare
con sus arenas
sus desdenes y gracias,
mi amor y penas;
y pues vuestros arroyos
saltan y bullen,
despertad a mi niña
porque me escuche.

Y estotra de jugosa lozanía :

Al molino del amor
alegre la niña va
a moler sus esperanzas:
quiera Dios que vuelva en paz.
En la rueda de los celos
el amor muele su pan,
que desmenuzan la harina,
y la sacan candeal.
Río son sus pensamientos,
que unos vienen y otros van,
y apenas llegó a su orilla,
cuando así escuchó cantar:
Borbullicos hacen las aguas,
cuando ven a mi bien pasar;
cantan, brincan, bullen y corren
entre conchas de coral;
y los pájaros dejan sus nidos,
y en las ramas del arrayán

(1) Cotarelo, IV, 410-b.

vuelan, cruzan, saltan y pican
toronjil, murta y azahar (1).

O la canción pastoril:

Al esquilmo, ganaderos,
que balan las ovejas y los carneros.
Ganaderos, a esquilmar,
que llama a los pastores el mayoral,
que llama a los zagales el mayoral,

glosada a lo gracioso, a propósito del esquilmo, por un pastor (2).

O ésta de hilanderas:

Hilandera era la aldeana;
más come que gana; más come
que gana:
¡Ay, que hilando está Gila!
Más bebe que hila; más bebe
que hila (3).

O las seguidillas que cantan y bailan en *Tanto es lo de más como lo de menos*, alusivas al poder del dinero:

¿Qué parecen valonas que adornan calvas?
Los hornazos de güevos que dan por Pascua.
Mas si hay dinero,
donde no faltan reales sobran cabellos.
Corcovados amantes, di, ¿qué parecen?
Hijos engendrados de muchas veces.
Mas si hay dinero,
es como un pino de oro todo camello.
¿Qué parece una cara cuando se afeita?
Hermosura que en verso miente y deleita.
Mas si hay dinero,
Solimana es un ángel y un tigre Venus.
Los ricos avarientos son como cardos,
que a ninguno aprovechan sino enterrados.
Todo dinero
es redondo por causa que es rodadero.
El amor y el vino todo se es uno,
porque andan entrambos en cueros puros.

(1) R., 407-a.

(2) *La venganza de Tamar*. Cotarelo, IV, 429-a, b.

(3) *Antona García*. Cotarelo, IV, 620-b.

Y la de mayos, que en *La Peña de Francia* cantan los pastores en torno del que lleva el mayo para plantarlo en la plaza:

Entra Mayo y sale Abril:
 ¡Cuán garridico le vi venir!
 Entra Mayo coronado
 de rosas y de claveles,
 dando alfombras y doseles,
 en que duerma amor, al prado;
 de trébol viene adornado,
 de retama y toronjil.
 Entra Mayo y sale Abril:
 ¡Cuán garridico le vi venir! (1).

Y la canción de bodas:

La zagala y el garzón
 para en uno son (2).

Y la de bautizo:

Trébole danle al niño,
 trébole. ¡ay Jesús, qué olor!
 Trébole y poleo, trébole.
 Alegre el bateo, trébole.
 Rosas y junquillos, trébole.
 Para los padrinos, trébole.
 Espadaña y juncia, trébole.
 Para el señor cura, trébole.
 Lirios de los valles, trébole.
 Para el padre y madre, trébole.
 Y para el alcalde la hierba del sol.
 Trébole, denle trébole al niño,
 trébole, ¡ay Jesús, qué olor! (3).

Algunas veces —lo había hecho Lope— Tirso gusta de lle-

(1) Cotarelo, IV, 665-a.

(2) *La Santa Juana* (1.^a parte). Cotarelo, IX, 242-b.

(3) *La Santa Juana* (2.^a parte). Cotarelo, IX, 285-a, b. Véanse otras canciones de Tirso en *Canciones populares de la Edad de Oro*, selección y prólogo de Santiago Magarinos, págs. 267-300. Barcelona, 1944. Muchas de las incluídas en este libro son eruditas.

var a la corte a campesinos, y explota el contraste de sus hábitos con los nuevos modales para provocar la risa.

Al empezar la comedia *Las Quinas de Portugal* pone en la indicación escénica que “toda la fachada del teatro ha de estar de arriba abajo llena de riscos, peñas y espesuras de matas, lo más verosímil y áspero que se pueda, imitando una sierra muy difícil”. Allí mora un pastor humilde y pobre :

Una pajiza cabaña,
que contra el sol, el estío,
y contra el agua el invierno
sirve de toldo propicio,
es tu casa de solar;
no los pavimentos ricos,
ni los artesones de oro,
asombro del artificio (1).

Y son las escenas de siega, a cargo de los montañeses que bajan al llano a cortar la mies, y cantan canciones a las espigaderas, como ésta :

Si en las manos que bendigo
fuera yo espiga de trigo,
que me hiciera harina digo
y luego torta o bodigo,
porque luego se comiera.
Segadores, afuera, afuera,
dejen llegar a la espigaderuela.

O estotra :

*A la espigaderuela linda
el amor sus flechas rinda;
a la espigaderuela honesta
hagan estos campos fiesta.
Arcos hagan nuevas hoces,
flechas las espigas bellas,
que tire al amor con ellas
contra las suyas veloces;
las nuevas con tiernas voces*

(1) *El árbol del mejor fruto*. Cotarelo, IV, 34-a.

cantando la den la gala,
 y a los pies de la zagala
 Flora ramilletes rinda.
A la espigaderuela linda, etc.
 Más pica el fuego de amor
 que el fuego del sol ardiente;
 su hermosura es fresca fuente
 que en vasos de cristal brinda.
A la espigaderuela linda, etc. (1).

La pieza *La gallega Mari-Hernández* respira bucolismo de brillante poesía. La escena V del acto I representa un campo en el valle de Limia, con peñas al fondo:

CARRASCO. ¡Aquí de la serranía!
 ¡A la hoya, ahao a la hoya!...
 OTERO. Viva la gala, serranos
 del valle de Limia...
 CARREÑO. Al paraíso de Galicia,
 serranos, al valle.

En el acto II aparece un campo delante de la casa de Garcí-Hernández. Dominga responde a los requiebros de Caldeira:

Si vos, el hechizador,
 lo sentís como lo habráis,
 a buen puerto vos llegáis;
 que a la fe que os tengo amor
 no lo saben sermonear
 los de acá tan a lo miel;
 quizás lo hace el burriel,
 o el carrasqueño manjar.
 Mas vos, aunque carichato,

(1) *La mejor espigadera*. Cotarelo, IV, 336-b; 337-a, b. Esta comedia termina con una canción de pastores, parodia de la canción popular de la Maya:

Esta sí que se lleva la gala,
 de las que espigaderas son;
 ésta sí que se lleva la gala,
 que las otras que espigan, non.

en cada ojo socarrón
tenedes, si hechizos son,
dos varas de garabato.
Yo sirvo al mejor serrano
que toda la Limia tién;
es rico, y home de bien,
y cinco ducados gano.
Siete da a cada vaquero;
si él os recibe y conoce,
siete y cinco serán doce.
Juntaremos el dinero;
haremos hucha yo y vos;
diez años le serviremos;
la alcancía quebraremos
a los diez años los dos.
A doce ducados, son
diez años, si bien lo cuento,
d'ez a doce ... veinti ciento;
que será lindo pellón.
Compraremos vacoriños
(que los gallegos son bravos),
un prado en que sembrar nabos,
diez cabras y dos rociños;
cogeremos ya el centeno,
ya la borona, ya el millo,
buen pan éste, aunque amarillo,
sano el otro, aunque moreno;
gallinas, que cori su gallo
nos saquen cada año pollos,
manteca de vaca en rollos,
seis castaños, un carvallo,
una becerra y un buey;
y los diez años pasados,
podrá envidiarnos, casados,
el conde de Monterrey (1).

En la escena IV hay un baile de serranas y serranos con letra en gallego (ibídem, 116-b).

Con una danza villanesca y coplas da principio la comedia

(1) Riv., 115-a, b. Este relato recuerda el conocido apólogo oriental del *Pantchatantra*, llevado al *Conde Lucanor* por el infante D. Juan Manuel en el cuento de doña Truhana, y al fin por Samaniego a su fábula de *La Lechera*.

El pretendiente al revés; coplas de coro y solo, que, como de verbena de San Juan, se cantan trenzando flores:

CORO.

*Buenas eran las azucenas;
mas las clavellinas eran más buenas.*

Si las rosas eran lindas,
lindas son las maravillas,
mejores las clavellinas,
olorosas las mosquetas.

*Buenas eran las azucenas;
mas las clavellinas eran más buenas.*

Verde estaba el toronjil,
el mastuerzo y perejil,
y más verde por abril
el poleo y la verbena.

*Buenas eran las azucenas;
mas las clavellinas eran más buenas* (1)

Otras coplas a base de flores, que cantan unos aldeanos al recibir a los duques:

*Que el clavel y la rosa,
¿cuál era más hermosa?
El clavel, lindo en color,
y la rosa toda amor;
el jazmín de honesto olor,
la azucena religiosa.
¿Cuál es la más hermosa?
La violeta enamorada,
la retama encaramada,
la madreSelva mezclada,
la flor del lino celosa.
¿Cuál es la más hermosa?
Que el clavel y la rosa,
¿cuál es la más hermosa?* (2).

Es fiesta muy popular en España:

TORILDA.

¡Lindo día!

TIRSO.

Es San Juan. ¿Qué no tendrá?...

(1) R., 21-a.

(2) *El melancólico*. Cotarelo, IV, 67-b.

- TORILDA. Que las tardes de San Juan
siempre son tan dormidoras,
como son madrugadoras
las mañanas...
- TIRSO. Mal hemos hecho en armar
hoy el baile acostumbrado,
que es, en fin, día cansado.
- CARMENIO. ¡Bueno es eso! Por bailar
no comerá una mujer,
ni dormirá en todo un año (1).

La Sagra es una comarca toledana llana y feraz, entre el Tajo y la provincia de Madrid, las inmediaciones de Aranjuez, el Jarama y el Guadarrama. La romería a la ermita de San Roque, descrita por Tirso, es uno de los más sugestivos cuadros de género de nuestra poesía villanesca. Aldeanos y aldeanas cantan y danzan al son del tamboril:

¡Cómo alegra los campos
la dulce noche
con la fiesta divina
de nuestro Roque!

Cantan los aldeanos, y una aldeana baila el

Trébole: ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole: ¡ay Jesús, qué olor!

Y Carrasco comenta:

Dicen que todo el lugar
se junta aquí aquesta noche
en sus fiestas y alegrías:
bailes, meriendas, placeres,
hombres, niños y mujeres,
hasta las fregonas mías.
Ya es de noche: vive Dios,
que hemos de ver este rumbo,
y de cuando en cuando un tumbo,
calabaza, os daré a vos;

(1) *El pretendiente al revés*. Riv., 21-a, b.

que a fe que hay lindo despacho
de la vinática tinta,
con la mejor presa y pinta
que has visto.

Antes, hubo otros festejos populares:

¡Qué buena farsa, qué ensayo
de toros, qué bravo encierro! (1).

Otra fiesta de La Sagra a la Virgen de la Cruz, a cargo de
labradores:

Que La Sagra de Toledo mil fiestas hace
a la Virgen de la Cruz, que es Virgen Madre.
Que La Sagra de Toledo contenta envía
vuestros hijos y devotos, Virgen María,
y con fiestas y alegría van los lugares
a la Virgen de la Cruz, que es Virgen Madre.

- LABRADOR 1.º Este sitio me contenta.
IDEM 2.º A mí esta hierba me agrada.
IDEM 3.º ¡Famosa noche!
IDEM 4.º Extremada.
IDEM 1.º ¿No véis cómo representa
la noche morena y zarca
su estrellada autoridad?
IDEM 2.º Fanfarrona majestad
muestra cuando, abriendo el arca
las estrellas saca afuera
que adornan su aparador
IDEM 3.º Hízola el divino Autor
del cielo la repostera.
- (Gritan dentro.)

(1) *La Villana de La Sagra*. R., 310-c. Por las alusiones al traslado de la corte a Valladolid y su vuelta a Madrid, en tiempo de Felipe III, a principios de 1606, Tirso debió de escribir la comedia en esta fecha. Las alusiones, en Rivad., 316-c.:

Mudóse la corte insigne
desde Madrid a mi patria...
Volvióse a Madrid la corte;
supe que en Toledo estaba
mi desdeñoso don Pedro...

